

“DEL FONDO DE LA VIDA”: LA NOCHE OSCURA POÉTICA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

En la vía ascético-poética de Juan Ramón Jiménez, el poema “Del fondo de la vida”, publicado en 1948 en *Cuadernos Americanos* de México (VII, núm. 5, pp. 229-230), representa una noche oscura del sentido comparable a aquélla del camino espiritual en que “comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es de los que meditan en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los aprovechantes, que es ya el de los contemplativos” según el tratado *Noche oscura* de San Juan de la Cruz (Libro 1º., I, 1). El purgatorio poético expresado en el poema tiene lugar antes de *Animal de fondo*, de 1949, “encuentro” de Juan Ramón con una idea de Dios.

“Del fondo de la vida” es uno de los *Cincuenta poemas comentados* por A. Sánchez-Barbudo (Madrid, 1963). No vamos a repetir su labor sino a tocar puntos no señalados por él. En nuestra opinión, el poema es una de las claves del neo-misticismo juanramoniano, el que, por limitaciones de espacio, no podemos comentar a fondo en este trabajo. (Lo hacemos en un estudio sobre *poesía desnuda*, en preparación). A continuación, el poema:

En el pedral, un sol sobre un espino, uno.
Y mirándolo ¿yo?
Oasis de sequera vegetal
del mineral, en medio de los otros (naturales
y artificiales, todas las especies)
de una especie diversa, y de otra especie
que tú, mujer, y que yo, hombre;
y que va a vivir menos,
mucho menos que tú, mujer, si no lo miro.

Déjame que lo mire yo, ese espino (y lo oiga)
de gritante oro fúljido, fuego sofocante
silencioso,
que ha sacado del fondo de la tierra
ese ser natural (tronco, hoja, espina)
de condición aguda;
sin más anhelo ni cuidado
que su color, su olor, su forma; y su sustancia,
y su esencia (que es su vida y su conciencia).

Una expresión distinta, que en el sol
grita en silencio lo que yo oigo, oigo.

Déjame que lo mire y considere.
Porque yo he sacado, diverso
también, del fondo de la tierra,
mi forma, mi color, mi olor; y mi sustancia,
y mi esencia (que es mi vida y mi conciencia)
carne y hueso (con ojos indudables)
sin más cuidado ni ansia
que una palabra iluminada,
que una palabra fuljidente
que una palabra fogueante,
una expresión distinta, que en el sol está gritando
silenciosa;
que quizás algo o alguien oiga, oiga.

Y, hombre frente a espino, aquí estoy, con el sol
(que no sé de qué especie puedo ser
si un sol desierto me traspasa)
un sol, un igual sol, sobre dos sueños.

Déjanos a los dos que nos miremos.

El poeta de la primavera y del otoño se halla frente a una árida visión de la naturaleza, canícula total de perenne sequedad, superlativizada por la triple acumulación de elementos áridos: “pedral”, “sol”, “espino”. Esta aridez se intensifica de la tercera línea en adelante: “Oasis de sequera vegetal / del mineral, en medio de los otros. . .” La palabra “oasis”, del modo que la usa Juan Ramón, es otra negación. El espino, en el pedral, es un oasis por ser menos piedra que la piedra; pero en su sequedad anticipa a la piedra que ha de ser. Condenado ya a muerte, “va a vivir menos” si no lo mira el poeta que puede, en su verso, darle vida.

En la segunda estrofa, Juan Ramón insiste: “Déjame que lo mire yo, ese espino (y lo oiga) / de gritante oro fúljido, fuego sofocante / silencioso”. Insiste, porque quiere mirar el espino y además, oírlo. Aparta del verso con un paréntesis el “(y lo oiga)” obviando la transmutación de los sentidos. Sigue acentuando la aridez: el “gritante oro fúljido” es otra superlativización para acentuar la brillantez quemante del sol, un sol que priva, puesto que lo “fúljido” ciega. La privación se desarrolla alrededor del tema de la sequedad. En la frase “fuego sofocante / silencioso” está implícita la falta de aire y aliento, y el hecho de que la torturante visión del poeta es una experiencia particular, “silenciosa”. El castigado espino es: “Una expresión distinta, que en el sol / grita en silencio” lo que sólo él oye. En la repetición del verbo —“lo que yo oigo, oigo”— está expresada la intensidad de la experiencia.

Este espino que ya habíamos imaginado como un tronco desnudo, seco, mantiene lo esencial para seguir siendo lo que es: “ese ser natural (tronco, hoja, espina)”. Cual si anticipara una mala interpretación por la insistencia en los elementos acerbos, el poeta describe el árbol en paréntesis. En su “sustancia” y su “esencia” de “tronco, hoja, espina”; aunque sin flor ni fruto, puede tener “su color, su color, su forma”. Juan Ramón nos ha preparado para apreciar su propia privación, de la que trata en la tercera estrofa.

La metáfora del arraigo aparece antes en su obra. En *Poesía*, de 1917-1923, leemos: “Arraigado; / pero que no se vea / tu raíz. / ¡Sólo, en el día nuevo, / lo verde, el pájaro, la flor!” (Parte 4, 1). En el poema “Del fondo de la vida”, Juan Ramón priva a la metáfora del adorno: ya no es “lo verde” sino “mi color”; ya no es el pájaro” sino “mi forma”; ya no es “la flor” sino “mi olor”. De su realidad visible se expresa en los desnudos términos: “carne y hueso (con ojos indudables)” y el paréntesis es para advertirnos que sus ojos no se engañan en la contemplación. En la obra de Juan Ramón los verbos “ver” y “mirar” significan “trascender” e “intuir”. Después lanza el poeta su expresión atormentada, la que nos ha hecho pensar en su “noche oscura”: “sin más cuidado ni ansia / que una palabra iluminada, / que una palabra fuljidente / que una palabra fogueante, / una expresión distinta, que en el sol está gritando / silenciosa; / que quizás algo o alguien oiga, oiga.”

De la preocupación por la palabra está llena la obra de Juan Ramón. Baste volver a citar sus bien conocidos versos: “Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas”; pero en el poema “Del fondo de la vida” no anda buscando “el-nombre-exacto-de-las-cosas”; sino una palabra que sea en sí la total expresión de sus trabajos: una palabra “iluminada”, “fuljidente”, “fogueante”. Y lo curioso es que en su angustia y clamor da con ella. La palabra “iluminada” empieza a serlo en “fuljidente”, neologismo juanramoniano que sintetiza “fulgente” y “fúlgido” y que en la combinación, se intensifica. Aun más lograda es la palabra “fogueante”, síntesis de “fogos” (ardiente) y “fogear” (acostumbrar a las penalidades o trabajos). En esta palabra culmina la comparación con el espino, símbolo de la privación y la fatiga del vegetal y símbolo también del más arduo logro, por haber tenido que salvar el pedregal para sacar del fondo de la tierra su sustancia y su esencia en el constante quemarse de su existencia. Así el poeta, para encontrar “una expresión distinta, que en el sol está gritando / silenciosa”. En sus ansias, la voz que antes ha sido canción, clama por ser oída, duda de ser oída, teme no ser

oída. Toda la agonía de haberse quemado en vano está recogida en la última línea de la tercera estrofa: “que quizás algo o alguien oiga, oiga.” Expresada esa angustia, queda el hombre frente al espino, dudando su propia especie, por saber que ese “sol desierto” que le “traspasa” no traspasa a los demás. Dice la última estrofa: “Y, hombre frente a espino, aquí estoy, con el sol / (que no sé de qué especie puedo ser / si un sol desierto me traspasa) / un sol, un igual sol, sobre dos sueños.” Este último paréntesis es un válido testimonio de la extraña experiencia del poeta, que se ha sentido totalmente consumido por un sol como el que traspasa al espino.

A la agonía de éste, su purgatorio poético, sucede un estado más tolerable, el del sueño, sueño doble: el propio y el del espino, que no ha soñado. El poeta ha soñado por él. En el último verso del poema, vuelto en sí y con humildad, Juan Ramón sólo pide: “Déjanos a los dos que nos miremos.” Esta última línea concuerda con la explicación del tratado *Noche oscura* de San Juan de la Cruz: “la cual contemplación es oculta y secreta para el mismo que la tienen (sic), y, ordinariamente, junto con la sequedad y vacío que hace al sentido, da al alma inclinación y gana de estarse a solas y en quietud, sin poder pensar en cosa particular ni tener ganas de pensarla” (Libro 1º, IX, 6).

El primero y principal provecho que causa esta seca y oscura noche de contemplación, según el tratado, es el conocimiento de sí y de su miseria. Este conocimiento está patente en la comparación de Juan Ramón con el destituto y castigado espino. El hecho de que sufra este oscurecimiento cuando su maestría poética es indudable, nos hace pensar en estas palabras de *Noche oscura*: “Cuando más a su sabor y gusto andan en estos ejercicios espirituales, y cuando más claro a su parecer les luce el sol de los divinos favores, oscuréceles Dios toda esta luz. . . y así los deja tan a oscuras que no saben por dónde ir con el sentido de la imaginación y el discurso” (Libro 1º, VIII, 3).

San Juan de la Cruz puso todo el cimiento de la mística en “la noche oscura del alma”. En la vía ascético-poética de Juan Ramón Jiménez, el poema “Del fondo de la vida” equivale a la noche oscura de su alma porque es la más alta expresión de sus ansias de depurarse, del conocimiento de sí y de su miseria; porque habla de toda una vida de privaciones y trabajos dedicada a la búsqueda de un noble ideal, búsqueda metafísica con los recursos para él mayores, los de su arte. En un gesto esencial ascético, no ya de poesía desnuda, sino de alma desnuda, el poeta se

compara con el espino porque se siente totalmente quemado, transido, consumido en el camino de perfección que él mismo se ha impuesto. Esto nos hace pensar en las más grandes expresiones del alma nacional y hoy podemos decir, con más certeza, que Juan Ramón Jiménez pertenece a la estirpe de los más hondos clásicos españoles.

GRACIELA PALAU DE NEMES

University of Maryland, Hyattsville